

Estaba yo en la casa de los míos. Pero ¡ay! qué triste aparecía ante mis ojos. No era aquella casita la casita alegre y risueña que me vió nacer, que albergó mi niñez y que me vió salir de allí bañado en lágrimas...

La lluvia arrojaba. Truenos lejanos, pávido fulgurar de relámpagos distantes, anunciaban que la tempestad invadía la cordillera. El agua caía á torrentes. En el naranjo aleteaban los pájaros amedrentados al sentir inundado su nido.

Encendí la bujía y cerré la vidriera. Allí estaba mi lecho de niño: la camita de hierro con sus blancas colgaduras, y por la cual había yo suspirado tantas veces en el frío y desolado dormitorio del colegio.

Encendí la bujía y cerré la vidriera. Allí estaba mi lecho de niño: la camita de hierro con sus blancas colgaduras, y por la cual había yo suspirado tantas veces en el frío y desolado dormitorio del colegio.

Abrió los libros. Aún conservaban en sus guardas la caricatura del maestro, don Román López, el POMPOSÍSIMO CICERÓN, como lo llamábamos, porque nunca hablaba del orador de Tásculo, sin aplicarle rimbombante epíteto.

¡Felices tiempos aquellos! ¡Cómo varían las cosas! ¿Dónde están las alegrías de aquella época? ¿Dónde los infantiles regocijos? ¿A dónde se fueron las ilusiones rosadas, las mariposillas de la infancia?

En uno de los libros, al abrirle al acaso, tropezaron mis ojos con un nombre de mujer: ¡MATILDE! Así, entre dos admiraciones, como un grito de alegría, como la expresión de la más dulce esperanza, como la confesión de un afecto sofocado en el pecho, que un día se nos escapa irresistible y delata ante la malicia estudiantil, ante la cruel y dura indiscreción de los condiscípulos, que una mujer de ese nombre tiene en nuestro corazón un altar donde recibe culto y homenajes; donde reina ella sola, señora de todo afecto puro, dueña de todos los pensamientos, soberana de nuestro albedrío.

Por la noche, cuando estaba sola, abría la pequeña ventana de su aposento, que daba hacia el vecino huerto; tomaba el arpa y, elevando las pupilas en el espacio límpido, sonreía con las estrellas.... y tocaba y cantaba

aroma de azucenas la más larga vida, toda una existencia. No pude contenerme, y llevé á mis labios aquel libro, aquella página, aquel nombre que no gасто de repetir, aunque resuena en mis oídos como celeste melodía; que está grabado en mi corazón; que no se aparta de mi mente; que para mí expresa todo cuanto hay de tierno y puro y santo aquí en la tierra.

No le olvido ni le olvidaré, quizás porque de niño le escribí tantas veces, á todas horas, en todas partes, en los libros, en los cuadernos, en cualquier papel que tenía yo cerca, cuando en mis manos había un lápiz ó una pluma. Nombre escrito en las arenas de la ribera; en las cortezas de los árboles; en la bóveda azul las noches consteladas, trazándole con el pensamiento, como sobre una panta, de estrella en estrella, para verle extendido por los espacios ilimitados, irradiando en divina canopea.

Como me río ahora, al copiar estas páginas, de mis romanticismos de entonces! ¡Cómo me burlo de aquellos raptos amorosos, de aquellos éxtasis quietoscos! Pero ¡ay! no lo hago impunemente; que me hiero en el pecho, me desgarró el corazón como si me arrastrara yo sobre él un haz de recia espina. Y sin embargo, aquello era una locura, un delirio de loco. Aquella vida siempre dada al ensueño, siempre mecida en los columpios de la fantasía, alimentada y nutrida con platillos lamaritanos, era desviada, acaso perniciosa; pero ¡ay! tan bella, que cada hora suya se me antoja como el canto de un poema sublime cuyas delicadezas y excelencias nos arrancan de esta pobre vida terrena y nos llevan á vivir en un mundo ideal; me parecen como una sinfonía adormecedora, algo como la música de los grandes maestros, así como de Mozart, Beethoven ó Wagner, que nos sacan de la penosa y prosaica vida material y por breves horas nos hacen felices, aniquilando en nosotros todo dolor, todo fastidio.

El cansancio me tenía rendido; el estropajo del viaje en la malhadada diligencia me magullara de pies á cabeza, y principió á sentir el desmayo precursor del sueño. A los diez y siete años siempre se duerme bien. Ni tristezas domésticas, ni el recuerdo de venturas desvanecidas nos quitan el sueño. La cama albeaba en un rincón; el cariño velaba cerca de mí, y el agacero con su ruido monótono me arrullaría dulcemente. ¡A la cama! Un soplo.... ¡Pfff! Ahora, como dijo Bécquer:

¡A DORMIR Y RONCAR COMO UN SOCHANTRE!

(Continuará.)

HISTORIA TRISTE.

¿Te acuerdas? Ella tenía diez y siete años. Era alta, delgada; sus ojos, llenos de una tristeza indefinible, azules y húmedos, parecían dos zafiros mojados de rocío.

Sus labios rojos, muy rojos, eran como una flor de carne. Una mañana, en que paseaba por el jardín prendida de mi brazo, un colibrí, como un pedacito de iris tembloroso, rompió el aire y se detuvo un instante delante de su boca, y... siguió volando, se había engañado el picaruelo.

Una constante palidez cubría su rostro ovalado y parisino. De todo se ruborizaba; á la menor galantería, sus anchos párpados bajaban lentamente sobre sus ojos azules: había eclipse de cielo.

Su cabellera, como manojos de rayos de sol que podía palparse, era corta, pero abundosa y rubia; así la tienen los ángeles.

Por la noche, cuando estaba sola, abría la pequeña ventana de su aposento, que daba hacia el vecino huerto; tomaba el arpa y, elevando las pupilas en el espacio límpido, sonreía con las estrellas.... y tocaba y cantaba

á un tiempo, y eran tan dulces las melodías que arrancaba á su arpa y á su garganta, que los pajarillos se despertaban dichosos cuchicheando entre sus nidos y preguntándose, quién sería aquel pájaro que cantaba con tanta tristeza.

Pero de repente cesaba el canto y enmudecía el arpa; sonaba una tos seca y entonces el pájaro más viejo que dormía en el huerto, empujándose un poco sobre la rama que le servía de asiento y mirando hacia la ventana, exclamaba, de modo que sus compañeros le escuchasen: es la tísica, que nos está dando serenata.

¿Te acuerdas? ¡Tísica! Pobrecita. Quizás por eso la adoraba más. La tenía lástima y me moría por ella.

Cuando no estaba á su lado, sentía asfixiarme. Era todo para mí: la luz, el aire.... mi propia vida.

¿Me amaba? Apenas puedo dudarlo. Sólo sé que, cuando me veía, su tez pálida se teñía como con jugo de claveles rojos, á tiempo que me sonreía con la encantadora timidez de un niño.

Muy pocas veces me miraba. Al hablar, me, sus ojos, fijos en otra parte, por casualidad se cruzaban con los míos.

¡Mirame! la decía en algunas horas en que solíamos estar solos, y... entonces me miraba, pero como medrosa; en tanto que yo, lleno de júbilo, me bebía con ansiedad la claridad azul de sus pupilas.

Un día la encontré muy alegre. ¿Sabes? me dijo, ¡si supieras lo que soñé anoche!.... Y se puso seria.

¿Qué soñaste? le repliqué lleno de curiosidad. —No.... ya no te digo, exclamó, me da vergüenza.... y además.... no te digo.

—Si no me dices, no volveré á verte; óye lo bien; no volveré á verte. Y acentué estas últimas palabras.

—¿Que no volverás á verme?... ¡Y por eso no más!... Entonces te digo, pero.... tápate los oídos.

—Está bien. Y sonriendo me llevé ambas manos á las orejas. Entonces, acercándoseme, murmuró con una voz casi imperceptible.

—¿Sabes lo que soñé? que me había casado contigo.

Y se puso más colorada que una granada abierta; y empezó á toser, á toser... le resplagueaban las pupilas como dos ascuas azules, y yo me puse triste; se me llenaron de lágrimas los ojos y suspiré tan hondamente al contemplar aquella inocencia viviente, que sentí que el corazón se me rompía.

Ella ignoraba su horrible enfermedad. ¡Aquel sueño.... era irrealizable!....

¿Te acuerdas? Tú me habías dicho: —No la vuelvas á ver, porque le haces daño. La niña está muriéndose.

Hacía como un mes que no estrechaba entre la mía su blanca y calenturienta mano. Como un mes que me moría de amor, sin que mis ojos pudieran mirar al ídolo que adoraba mi alma.

Todos me hacían huir de ella. —Lo haces daño, me decían. Y yo les daba gusto; me mordía los labios; se me oprimía el corazón, y pudiendo verla, ni siquiera lo intentaba.

Una noche llegó una vieja á mi aposento. —La señorita se muere, me dijo. Y huyó rápidamente.

Salí; la noche estaba fría pero hermosa. El cielo, completamente negro, ostentaba en su regazo profundo todos sus tesoros infinitos; estaba abierto, sin una nube, silencioso. La luna, como inmóvil en el cielo anchísimo, derramaba su luz amarillenta: estaba más triste que otras noches.

Salí; la noche estaba fría pero hermosa. El cielo, completamente negro, ostentaba en su regazo profundo todos sus tesoros infinitos; estaba abierto, sin una nube, silencioso. La luna, como inmóvil en el cielo anchísimo, derramaba su luz amarillenta: estaba más triste que otras noches.

Salvé en un instante las calles que me separaban de su casa. Al fin llegué. Sobre un lecho blanco, como fabricado de aljófar y de espartas, estaba tendida ella. Su madre le

oprimía la frente. El médico acababa de salir. Una lámpara puesta sobre la mesa de rramaba sobre su rostro pálido tintos de sol agonizante.

De repente abrió los ojos turbios y tristes, me miró y, extendiéndome su manecita enfleaquecida por la fiebre, dejó vagar por sus labios entreabiertos una de esas sonrisas que sólo bullen en los labios de los ángeles.

Yo estreché, bañado en lágrimas, la mano que me ofrecía; la oprimí contra mi cara y dejé que en mi corazón se desbordase todo el torrente de dolor que hasta entonces pugnaba por saltármese del pecho. Poco á poco se fué enfriando aquella mano.

Sentí que respiraba más lentamente. Volvieron á abrirse sus ojos; me miraron de nuevo; su cuerpo se estremeció... y exhaló un suspiro.

Un rumor de alas cruzó por el aposento, oloroso á flor marchita.

Miré el cielo á través de los cristales de la ventana y vi las estrellas, como nunca, temblorosas y pálidas.

Los perfumes del huerto entraban; las brisas se estremecían, como mielosas, entre las hojas de los árboles.

Mi alma estaba como suspensa. Oasi me ahogaba.

Me incorporé un instante, y le toqué la frente á la moribunda....

¡Dios mío! estaba yerba! Una música desconocida vibró en el aire y vi que dos ángeles se remontaban al cielo llevando en una urna resplandeciente algo diáfanesimo.

¡Torné los ojos al lecho. Alguien retenía mi mano. Era la suya, rígida y amarilla. La virgen de los ojos azules era ya un cadáver!

RAÚL.

UN SUEÑO.

LOS viejos tienen también sus sueños, como los jóvenes; sólo que los sueños de los primeros, como que están ya desprovistos de alas, en vez de llevarlos á lo por venir, los vuelven hacia el pasado.

¡Cuántas veces! cuando ya uno frisando ya en los sesenta años, se sueña con los viejos que vió en su infancia, y lamenta el no poder evocarlos entonces que ya ha alcanzado la edad de ellos! Imagínase uno que si esos viejos amigos volvieran, ellos reemplazarían á los que uno ha venido viendo caer á lo largo del camino sin que hubieran envejecido como uno. ¡Con qué gusto no reviviría uno, con esos viejos, á fin de ser, entonces sí, del parecer de ellos, aquellas discusiones interrumpidas desde treinta ó cuarenta años atrás, en las cuales uno, con la desventura de los veinte años, les solía llevar la contraria! ¡En qué completo acuerdo resutaría uno estar ahora con ellos!

Es, sobre todo, cuando uno divisa al través de la bruma plateada y fría del pasado, los semblantes de cabeza cana de la familia, cuando daría cualquier cosa por atraer á sí esos queridos fantasmas, reanimarlos, resucitarlos, siquiera fuera por una hora, á fin de comparar las impresiones y las emociones de los sexagenarios de ahora sesenta años con las impresiones y emociones de un sexagenario de ahora.

Uno de mis amigos que sobre este particular piensa como yo, pero que no tiene la paciencia que yo tengo, vino un día á contarme que él había resuelto ya el problema; que había realizado nuestro sueño y había conversado por cerca de una hora con cierto anciano que se asemejaba á él como si fuera su hermano, pues tenía las mismas arrugas, las mismas canas, la misma edad que él, no obstante que el uno de los dos era nada menos que el hijo del otro.

Yo no hice ninguna objeción. No creo en las mesas graterias ni creo en los espíritus; mas él estaría inclinado á creer que, en ciertas horas de meditación profunda, se abre en nosotros como si dijéramos un resquicio por

el cual filtra el rayo de luz de un mundo desconocido. Debe de ser cosa como un relámpago, que no le da á uno lugar para ponerse de codos en la rendija á contemplar ese día infinito que penetra en el nuestro como el rayo de una estrella penetra en la oscuridad de la noche.

¿Había logrado mi amigo mantener por algún tiempo el resquicio abierto? ¿Había realmente vuelto á ver á su padre? ¿Era sólo que estaba atacado de la locura de Hamlet? O ¿era que, como hombre de imaginación, se había propuesto divertirse conmigo? Yo no le hice á él este interrogatorio. A los amigos hay que amarlos con sus alucinaciones y con sus aciertos. Por lo demás, como es ver, la conclusión de esta fantasmagoría es del todo seria.

Lo que sí hice fué suplicarle que me refiriera toda la conversación con su padre, que hacia treinta años que estaba muerto.

El me hizo la relación con sencillez y con una convicción que era como un resto de hipnotismo. Conservaba todavía la palidez clásica y misteriosa que produce una aventura de ese orden. Nombrome un sabio que yo no conocía y abrevió los preliminares de la exposición ó esenariio. Comprendí que un espiritualista exaltado se había comprometido con él á hacer que se encontrara con la sombra de su padre, el cual tendría la edad que el hijo quisiera que tuviese.

En el instante de hacer el experimento, mi amigo tuvo un escrúpulo. La muerte es la sola majestad que no se democratizará jamás. Temió cometer un sacrilegio; mas como era con intención respetuosa y con ternura como iba á invocar á su padre, acabó por sentir que su conciencia le absolvía, y fijó la edad á que la aparición había de corresponder. Me confesó que á fin de que el experimento fuese más decisivo, el sabio había de hacer que su padre apareciese un poco más joven que él.

¿En qué templo ó sótano ó gabinete de física se verificó la evocación? Yo pasé por alto todos esos detalles, que para él no habían sido importantes ni lo eran tampoco para mí. Recuerdo, sí, que el sitio era sombrío, pero sin aparato de brujería ni de parodia religiosa.

Ya se puede uno hacer cargo de la ansiedad de aquel viejo en espera de su padre hecho contemporáneo suyo. ¡Iba á ser una entrevista muda? ¿Alguna pantomima reemplazaría al diálogo?

El sabio había tomado bien sus medidas, ó, si se quiere, la alucinación fué completa. Lo cierto fué que mi amigo habló ó creyó hablar á su padre, el cual le respondió ó pareció responderle.

—Cuando mi padre entró en la pieza oscura, me dijo mi amigo, envuelto en la luz crepuscular de las apariciones, suficiente sólo para hacerlas distintas, yo estuve al caer de rodillas, tan clara así y tan fiel era la visión! Allí estaba la sonrisa á un tiempo bondadosa y llena de malicia de mi padre; aquel era su andar á los sesenta años!

Los años que después de completar esa edad él había vivido, años en que encorvó su cuerpo, en que arrastró el paso, en que nubló los ojos, no me habían servido sino como para volar en mi memoria la imagen de él, que en la visión se me presentó en toda su dignidad. A haberlo evocado yo de más de sesenta años, habría perdido el placer de identificarlo como entonces lo identifiqué.

Al ver venir hacia mí el viejo amigo á quien me iba á presentar con un aspecto que jamás había tenido á los ojos de él, yo me enderecé para volver á ser de la talla de él; me cuadré para recobrar la firmeza de apostura que él tenía entonces; y en tanto que él se dirigía hacia un sillón, yo me pasé las manos por las mejillas para asegurarme de si el tiempo no me las había hecho á mí más bon-das aún que las de mi padre. Como á escondidas, me conté las arrugas, pues me pareció que mi padre tenía muchas menos. El vestía el traje de su tiempo. Su boca de sombra parecía lista aún á dejar escapar el chiste. Era él, enteramente él!

—Yo buscaba la manera de introducirme, y no la hallaba. Mi propia edad me embarazaba, si es que no me embarazaba la suya. Al fin, él me sacó de la dificultad. Al asumir la apariencia de la vida, él había recobrado su afabilidad habitual. El antiguo hombre de mundo, cortés é insinuante, volvía á ser lo que había sido. Después de algunos segundos, advirtió que un anciano de la edad de él estaba enfrente de él y haciendo un ademán de perfecta cortesía:

—¿En qué puedo servir á usted, señor? me preguntó.

—Señor! Esta era la primera palabra de esa efusión! Mi padre, pues, no me conocía! No pude menos de decirle también señor, y agregué:

—¿Tan cambiado así estoy? —Esto era una estupidez. Evidentemente yo estaba cambiado, lo estaba demasiado. El no me había visto viejo nunca, cómo podía reconocer á un hijo á quien había dejado sólo de treinta años?

—Me acerqué á él. Levantóse del sillón y se excusó por habersa sentado antes de que yo lo hubiera hecho. Yo traté de tomar un tono filial para hablarle, pero comprendí que me hacía ridículo. Con todo, quería que él me reconociera.

—Así pues, padre, ¿no me conoces ya? le dije.

—La familiaridad de este lenguaje y el nombre de padre que le daba uno más anciano que él, lo sorprendieron. Tal vez imaginó que era un loco el que tenía delante.

—El señor se chancas, me respondió. Yo no he tenido hijo de la edad de él.

—Yo sentí que perdía la cabeza. Mezclando atropelladamente toda clase de explicaciones, le di varias veces mi nombre, le aseguré que era su hijo, ó invoqué determinados recuerdos de los que debían de serle más caros á él. Por su parte, él me miraba, me escuchaba como para sorprender alguna impostura en mis facciones, y por último, convencido pero trastornado con su misma convicción, me dijo:

—¿Conque usted es mi hijo, así viejo? Pero no fué ayer, no más, cuando le di mi bendición al casarse?

—Había sido cabalmente al cumplir él los sesenta años cuando yo me había casado.

—Es imposible, continuó la sombra con una sonrisa burlesca, que yo haya casado á un viejo como usted:

—No, padre, le repuse, si eso fué hace ya treinta años!

—Sí, debe de hacer lo menos treinta años. El tiempo parece haberle tratado con más rigor que á mí, me respondió.

Comprendí que sería poco menos que imposible hacer entrar á mi padre en la hipótesis que yo había arreglado. Le hablé de mi juventud y de mi infancia; pero cuando él iba entendiendo, una mirada á mi aspecto le borraba los recuerdos. Mis sesenta años actuales echaban una sombra impenetrable sobre los que yo había vivido durante la vida de él. Había un desequilibrio que nada podía corregir. Durante una hora hablamos de todo sin entendernos acerca de nada. Yo aludía á sus opiniones, que eran las mías; pero no acerté con los términos. ¡Cosa singular! Yo no sólo padecía con esta falta de acuerdo, no sólo sentía que entre estos dos inviernos, puestos uno frente al otro, se marchitaban y morían todas las flores que yo había conservado en mí y que había esperado que volverían á abrirse con nuestras lágrimas comunes, sino que sentía una especie de despecho de ver, así, frustrado mi piadoso propósito. Creo que hasta habría acabado por aborrecer á esa sombra venerada, y hasta por sentir envidia al verla mejor conservada que yo.

Poco á poco se apoderó de nosotros la melancolía de nuestra edad, y uno y otro nos quedamos callados. Mi padre parecía preguntarse, con la incertidumbre vaga de los cerebros de las sombras, para qué se le había des-pertado y hecho ver á un hijo irreconocible. El se había separado de ese hijo, al morir, lleno de pesar, cuando ese hijo iba á desarrollarse. ¿Para qué se lo volvían á mostrar ya él, enteramente él!